

dero un tipo agónico de hambre. Puede ser significativa a este respecto una llamada de atención del profesor Mascal según la cual (41), aunque es cierto que el llamado «hombre moderno» sintoniza con las notas de antropocentrismo, individualismo y voluntarismo, características de las corrientes llamadas existencialistas (y entre ellas, desde luego, Unamuno), sin embargo, y a pesar de la creencia que todo existencialista suele tener de ser él quien mejor interpreta esa llamada «modernidad», «de todos los escritores modernos son precisamente los existencialistas quienes parecen más remotos de los modos de pensamiento y expresión del hombre y la mujer contemporáneos». Y ello no sólo en los países anglosajones. No obstante pisar hoy un mundo en continuo riesgo de autodestrucción, o quizá cabalmente por eso mismo, el buen sentido de las gentes ha reaccionado frente a una artificiosa conciencia perenne de crisis, o de absurdo, o de náusea, o de agónica tragedia, predicadas por una generación de precursores existencialistas y un par de generaciones de profesos existencialismos, y se ha instalado en un moderado optimismo estoico, cuya vertiente filosófica comenzó siendo, hace unos cuarenta años, cierto frío y hueco neopositivismo y continúa siendo, por más que con múltiples escisiones como su propio talante asistemático lo exige, la actual filosofía analítica en sus variadas formas (42). No se pueden mantener ni proponer como ideales y permanentes las situaciones personales ni colectivas de crisis. Sencillamente, al hombre le resulta imposible vivir en desesperación (43).

El «sentimiento trágico» ha sido en nuestros días sustituido por el «sentimiento catastrófico» de la vida, puesto de relieve ya en sus últimos años—más contemplativos—por el mismo Unamuno y luego, por Jaspers, por Russell y otros. Por otra parte, deberían ser tenidas mucho más en cuenta las sabias y honestas advertencias de hombres como J. Huxley y otros representantes del humanismo y el naturalismo actuales acerca de la distinción que hay que establecer entre los dos optimismos y los dos positivimos correlativos, el del XIX y el de este ya mediado y cauto siglo XX (44). El racionalismo moderno, en sus

(41) E. L. MASCAL: «Some Reflections on Contemporary Existentialism», en *Religious Studies*, Cambridge, 1 (1966), pp. 6 y 9.

(42) Lamentablemente, aún no hay en castellano libro alguno que exponga el origen y proceso de la filosofía analítica, que en España es aún desconocida. «País de realizaciones tardías», el famoso veredicto de Menéndez Pidal rige especialmente para la cultura filosófica. Las editoriales Paidós, de Buenos Aires, y Guadarrama, de Madrid, están lanzando nuevas colecciones para acercar al lector de habla hispana estas nuevas corrientes.

(43) P. LAÍN ENTRALGO: *La espera y la esperanza*, Revista de Occidente, Madrid, 1962, pp. 416-569.

(44) Véase, por ejemplo, *New Bottles for New Wine*, New York, Harper and Brothers, 1953, especialmente «A Re-Definition of Progress», pp. 18-40, y «Ideology and Scientific Knowledge», pp. 93-127; o también, «The Humanist Frame», en su

formas técnicas, y la filosofía neoempirista en sus formas analíticas, no aspiran a sustituir las viejas sabidurías, no creen que sus fórmulas puedan dar la felicidad al hombre, como incongruamente creyó el positivismo romántico del pasado siglo. Simplemente, saben que la ciencia y la filosofía jamás darán al hombre la solución de todos sus problemas, de sus problemas típicamente humanos; saben que todos los problemas humanos, precisamente por ser humanos y no técnicos, jamás podrán ser resueltos, no sólo por la ciencia, sino que tampoco por clase alguna de filosofía, política o religión. Pero, esto por delante, reafirman su seguridad, ya apuntalada por los resultados de los tres últimos siglos, de que constituyen el único intento serio y hasta ahora eficaz de ir solucionándolos uno a uno y poco a poco. Y de esta seguridad, paradójica o si se quiere maquiavélicamente, han sabido y saben sacar oportunistamente muy buen partido todas las religiones y todas las políticas.

Hay más. Habría que interrogarse en serio sobre la propiedad con que Unamuno, tan buen conocedor de las tragedias griegas, emplea la palabra «trágico» para cualificar un sentimiento y el libro que lo estudia. En un luminoso artículo se preguntaba el profesor S. Hook sobre el sentido que puede tener el «sentimiento trágico de la vida», el «histórico lamento de que el hombre no sea inmortal —'theme song' del libro de Unamuno de ese título»— (45). Tres fueron los datos de la experiencia humana que movieron al Budha a buscar la liberación del deseo y de la existencia encarnada: la enfermedad, la vejez y la muerte. Pero aun descontando que científicamente se van dominando los dos primeros y que, al menos de momento, no se ve solución frente a la muerte, se hace preciso distinguir entre lo que Hook llama «the sense of the *pitiful* and the sense of the *tragic*». En relación con las fuerzas de la naturaleza y en dependencia de ellas, la suerte del hombre podrá parecer lamentable, pero no trágica. Lo trágico alude siempre a un fenómeno moral de elección entre bien y mal, entre bien y bien, y aun entre bien y justo. Las soluciones de los conflictos o incógnitas naturales de la vida nos irán siendo proporcionadas por otros caminos que los que reclaman nuestra actitud trágica. La muerte misma o la inmortalidad son datos naturales: ante ellos no cabe elección; ambas, o una muerte «total» o la supervivencia, nos serán naturalmen-

---

libro *Essays of a Humanist*, New York, Harper and Row, 1964, pp. 72-115. Resulta instructivo comparar estas valiosas ideas con las brillantes de P. TILICH: *The Future of Religions*, New York, Harper and Row, 1966, «The Decline and the Validity of the Idea of Progress», pp. 64-79.

(45) S. Hook: *Pragmatism and the Tragic Sense of Life*, Presidential Address, 56<sup>th</sup> Annual Meeting of the Eastern Division of the American Philosophy Association at Columbia University, 1959, reimpresso en P. KURTZ, ed., *American Philosophy in the Twentieth Century*, New York, Macmillan, 1967, pp. 523-538.

te impuestas. Por el contrario, es el hombre mismo quien se hace creador de su propia trágica historia. El naturalismo, el pragmatismo —en el sentido en que Hook lo emplea— nos ayudan a solucionar los trágicos conflictos de la vida, aplicando una inteligencia creativa «in quest for ways of mediation». Es curioso que una gran parte de los que abusan de los 'sentimientos trágicos', en su «cósmica sentimentalidad se muestran desdeñosos de las vejaciones, de las oscuras tareas diarias para paliar el dolor o para mitigar las consecuencias de conflictos irreconciliables, y aun de arbitrar medios que pudieran limitar el sufrimiento humano cuya omnipresencia no deja de ser la causa de la agonía espiritual» (46).

Según todo esto, los diversos empirismos desde la vertiente metodológica, social y filosófica, y la moderada fe en la ciencia, hoy día compartida por toda la comunidad humana, desde la sociológica, han superado los viejos planteamientos del «sentimiento trágico de la vida» y han hecho que se extienda la creencia de que es posible—incluso es necesario—un «sentido de la vida» al margen de la inmortalidad y la religiosidad. Quiere decirse, por ahora, que nada se opone o debe oponerse, y menos que nada la ciencia, a que uno sea religioso, si lo quiere o lo necesita o no puede desprenderse de su tradición; pero tanto la ciencia como la filosofía ponen una barrera, y cada día nuestra sociedad vive más esta convicción, a que el que es creyente o aspira a serlo afirme en serio que la religión o la inmortalidad le es necesaria «para dar un sentido a su vida». Contraria fue, por supuesto, la tesis agónica de Unamuno a través de toda su vida.

¿Es ello un bien? ¿Es un mal irreversible? Puesto que no se dedican estas páginas a un estudio de mentalidad colectiva ni mucho menos a tipo alguno de apologética, positiva ni negativa, prescindimos de respuesta y aun de pesquisa. Bástenos considerar, y de modo estrictamente analítico, como procede, la estrecha vinculación de la afirmación agónica unamuniana fundamental con una de las más básicas expresiones conceptuales de la vivencia religiosa. Tanto un agónico como un creyente estarían de acuerdo en una frase del siguiente o parecido tenor: «Esta vida no tiene sentido si no hay otra vida que se lo dé», y en ambos casos, tanto en las religiones—al menos en las occidentales—como en los diversos tipos de existencialismo teísta, incluido el unamuniano, se sobrentiende que debe haber un Dios que, al dar al hombre la satisfacción de su hambre de inmortalidad, confiere a la vez y al mismo tiempo «sentido» a la vida humana. Cae fuera del análisis que sigue una crítica del valor emotivo de estas expresiones agónicas: evidentemente lo tienen, como se vio, y en muy

---

(46) *Op. cit.*, pp. 530 y 533.